

Elizabeth Anscombe (1919-2001): Una verdadera filósofa

Jaime Nubiola

Hace apenas cuatro años se cumplía el centenario del nacimiento (19 de marzo 1919) de quizá la más grande de las filósofas angloamericanas del siglo XX: Gertrude Elizabeth Margareth Anscombe, discípula de Ludwig Wittgenstein, cuya cátedra de filosofía en la Universidad de Cambridge ocupó desde 1970 hasta su jubilación en 1986. La profesora Anscombe, conversa al catolicismo a los 19 años, no solo fue una filósofa brillante y original, sino que a lo largo de toda su vida constituyó un excepcional ejemplo —en palabras de mi maestro Alejandro Llano (1989)— de «mujer fuerte, que siempre está en la brecha en defensa de la humanidad». Estuvo casada con el también filósofo Peter Geach, fallecido en el 2013, y tuvieron siete hijos.

Tuve la suerte de conocerla personalmente y de tratarla en varias de sus visitas a la Universidad de Navarra. Incluso llevé al matrimonio de excursión en automóvil por Navarra en un par de ocasiones, acompañados de los profesores Christopher Martin o Jorge de Vicente. Recuerdo bien la admiración de Anscombe y Geach por los pintorescos lugares que recorrimos —Olite, Sangüesa, Leyre, Sos del Rey Católico— y también su gusto por la gastronomía local. Ambos poseían una admirable curiosidad por todo lo que llamaba su atención.

En mi intervención¹ aspiro a presentar a Elizabeth Anscombe como un genuino ejemplo de cristiana filósofa, que quiere comprender el mundo desde su fe y aspira a colaborar en la solución de los problemas más acuciantes que afligen a la sociedad. Además, me parece oportuno destacar que Elizabeth Anscombe comienza a ser considerada como una auténtica pensadora pragmatista por su personal articulación entre pensamiento y vida, por su interés en la acción (Price, 2012; Margolis, 2014), de la misma manera que es ya universalmente reconocido el giro pragmatista del segundo Wittgenstein (Nubiola, 1995 y 1996; Fabbrichesi, 2014; Boncompagni, 2016) o está en boga lo que ha venido en denominarse el «pragmatismo de Cambridge» (Misak, 2016).

He organizado mi exposición en cinco secciones: 1) Breve perfil biográfico; 2) Su artículo sobre la transubstanciación; 3) La defensa del inocente; 4) Profesora internacional: algunas anécdotas; y 5) Su legado: ser filósofo cristiano hoy.

1. Perfil biográfico

Elizabeth Anscombe estudió en Sydenham School y se graduó en St. Hugh's College en Oxford. En 1942 conoció a Wittgenstein en Cambridge y pronto se convirtió en uno de sus más fieles discípulos. Cuando en 1946-47 Anscombe fue nombrada *research fellow* en Somerville College en Oxford, viajaba todas las semanas a Cambridge para asistir a las clases de Wittgenstein. De hecho, pocos años después, Wittgenstein, enfermo ya de cáncer, se trasladaría a vivir durante varios meses a la casa de Anscombe y Geach; es a ella a quien iban dirigidas aquellas famosas palabras suyas poco tiempo antes de morir:

¹ Agradezco la invitación del profesor Ginés Marco para tomar parte en este ciclo sobre "La mujer y la filosofía cristiana". Mi exposición es deudora de mis textos previos (Nubiola, 2001 y 2020); en particular, en la sección 1 reproduzco sustancialmente la introducción preparada con mi colega José M^a Torralba para el volumen (Anscombe, 2005). Agradezco también las correcciones de Sara Barrena, María Rosa Espot, Natalia López Jaramillo, Christopher Martin, Georgina Raventós y José M^a Torralba.

«¡Eliza, siempre he buscado la verdad!». Elizabeth Anscombe, fiel tanto a Wittgenstein como a sus convicciones, realizó desde su juventud el ideal filosófico de orientar toda su vida hacia la verdad.

Después de la muerte de Wittgenstein en 1951, Anscombe dedicó durante años muchas energías para que el legado filosófico de su maestro, escrito en su mayor parte en alemán, viera la luz. En particular, debe mencionarse su prodigiosa traducción al inglés de las *Philosophische Untersuchungen* (Wittgenstein, 1953). Además de su trabajo como albacea literario de Wittgenstein, Elizabeth Anscombe será recordada entre los filósofos por su libro de 1957 *Intention*, que es considerado como el documento fundacional de la filosofía contemporánea de la acción, su monografía de 1959 *An introduction to Wittgenstein's Tractatus*, en la que estudia magistralmente el primer libro de Wittgenstein, y por muchos de los artículos compilados en sus tres volúmenes de *Collected philosophical papers* de 1981, que tuvieron un singular impacto en la comunidad filosófica.

De Wittgenstein —uno de los pensadores más profundos del pasado siglo—, Anscombe heredó su fino talante filosófico y un modo nuevo de abordar los problemas tradicionales de la filosofía. A lo largo de los años que pasó con él aprendió el valor del diálogo y la discusión, además del lugar que tiene el error en el camino hacia la verdad. Wittgenstein insistía con frecuencia en que no debe tenerse miedo al error, porque equivocarse es el primer paso para poder rectificar. A propósito de esta idea, Philippa Foot recuerda el seminario del año 1947 en Oxford, al que invitaron a Wittgenstein. En él, uno de los asistentes comenzó a intervenir pero, al darse cuenta de que se iba a equivocar, se calló e intentó cambiar de tema. En ese instante, Wittgenstein interrumpió con fuerza y le pidió que no se callara lo que iba a decir, porque los pensamientos equivocados también son importantes, en la medida en que, desprendiéndonos del lastre del error, podemos llegar más lejos.

Sin embargo, la amistad estrecha y el trato dilatado con Wittgenstein no significa que Anscombe compartiera todas las opiniones de Wittgenstein, ni que no fuera capaz de criticarlas o proponer otras soluciones. Peter Geach señala, a este respecto, que «tanto Elizabeth como yo hicimos grandes esfuerzos para comprender el pensamiento de otros grandes filósofos antes de encontrarnos con Wittgenstein. Pienso que algunas personas fueron dañadas por Wittgenstein porque no habían hecho lo mismo que nosotros antes de conocerle; era como si no hubieran visto nunca antes una gran montaña y ahora estuvieran tan pegadas a una que el resto de montañas les resultaran invisibles» (Geach, 1991).

Como profesora, Anscombe era tan admirada como temida, especialmente a la hora de tener sesiones de tutoría con ella, porque nadie sabía qué podía ocurrir allí. Rosalind Hursthouse —en la actualidad profesora de la University of Auckland— recuerda que entraba en la habitación, le entregaba su ensayo, Anscombe lo leía y comenzaba a hacer algunas preguntas de las que surgía una discusión que podía durar hasta tres o cuatro horas durante las cuales Anscombe se paraba con frecuencia a pensar por largo rato, casi olvidándose de que su alumna estaba allí. Otra de las estudiantes de Anscombe, Jenny Teichman —fallecida en 2018— le presentó en cierta ocasión un ensayo que ella consideraba muy bueno. Anscombe lo leyó en voz alta y, al terminar, «se levantó de la silla, caminó por la habitación, se dio la vuelta y con una voz sepulcral dijo: ‘Siento decir que esta ‘cosa’ [*stuff*] no es de ningún modo aceptable’» (Teichman, 2002). A pesar de lo tajante de la expresión, a Jenny Teichman no le pareció que Anscombe pretendiera molestarla o que lo dijera con enfado, sino que trataba de decir la verdad de lo que pensaba, tal y como —a su entender— deben hacer los buenos maestros. En cualquier caso, sus alumnos recuerdan que nunca dejaba en mal lugar al estudiante; al contrario, siempre estaba dispuesta a dedicarles todo el tiempo que fuera preciso hasta que la cuestión quedara resuelta. Lo único que sus alumnos debían temer era la falta de rigor intelectual.

Para hacer filosofía Anscombe consideraba necesario tener cierta resistencia y oposición. Esa oposición la encontró en sus frecuentes discusiones filosóficas con Philippa Foot durante los largos años que trabajaron juntas en Somerville College. En ellas, Anscombe solía plantear alguna cuestión en la que estuviera pensando y Foot, sistemáticamente, se oponía a la solución propuesta por Anscombe. Con el tiempo, Foot descubrió que muchas de las cuestiones que Anscombe le proponía tenían su origen en lo que estaba aprendiendo con Wittgenstein, aunque ella no lo nombrara explícitamente. Por su parte,

Anscombe disfrutaba con la oposición que le presentaba Foot, porque así surgía una discusión en la que se eliminaba lo superfluo o erróneo de la cuestión y resultaba más sencillo resolver el problema.

Anscombe, al igual que su maestro —y a diferencia de su marido— huyó siempre de las exposiciones sistemáticas y de los planteamientos globales. En una breve autobiografía intelectual, Peter Geach compara su propio estilo con el de su esposa y apunta que, mientras él procedía habitualmente por pasos lentos que requerían multitud de comprobaciones, ejemplos y objeciones, ella, en cambio, avanzaba con gran libertad, por así decir, *a saltos*, captando a primera vista el núcleo de la cuestión y dirigiéndose directamente a él. Pese a compartir la misma profesión y hogar, cada uno mantenía su propio ámbito de intereses y, aunque con frecuencia hablaban de ellos, no necesariamente coincidían ni en los enfoques ni en las soluciones. A lo largo de su vida, eso sí, ambos intentaron evitar dos vicios intelectuales: «ir cambiando de opinión por frivolidad y adherirse a tesis del pasado meramente por el deseo de *haber estado* en lo correcto más que por *estarlo* ahora» (Geach, 1991).

Para exponer su pensamiento, el género literario que Anscombe prefería era el que en el mundo angloamericano se denomina '*paper*'. Su extraordinaria agudeza y claridad mental, su originalidad y rapidez, parecían tener su lugar natural en los textos breves, que leía con una voz bellísima que contrastaba con su apariencia personal quizás a veces algo descuidada. En sus textos evitaba todo lugar común, se ahorra la repetición cansina de doctrinas ya sabidas, dibujaba rápida y certeramente el núcleo del problema como si antes nadie se lo hubiera planteado, y —tras su argumentación— caían unos cuantos tópicos en los que todos creíamos o se abrían perspectivas del todo imprevistas. Por eso resulta tan difícil resumir su aportación a la filosofía contemporánea: no hay un cuerpo de doctrina, un planteamiento global o una intuición básica que —después— se aplique a las diversas cuestiones; no presenta un “solucionador universal de problemas filosóficos”. Y, justo por ello, por semejante ausencia de prejuicios, su tratamiento de los problemas era siempre fresco, genuino y original.

En sus últimos años, Elizabeth Anscombe padeció una enfermedad del corazón y en 1996 tuvo un grave accidente de automóvil, del que nunca se recuperó por completo. Pasó sus últimos años cuidada por su familia en Cambridge. Murió pacíficamente el 5 de enero de 2001, a los 81 años, con su esposo y cuatro de sus siete hijos junto a la cama del hospital. Según recuerda John M. Dolan en las palabras finales de su obituario en *First Things*, «su último acto intencional fue besar a Peter Geach. Murió mientras los miembros de la familia alrededor de su cama terminaban el rezo de los misterios dolorosos del rosario». Y añade: «El mundo ha perdido a una notable filósofa, tan notable por la grandeza moral de su vida y su pensamiento como por la originalidad y el poder de su intelecto: una filósofa que vivió la verdad» (2001). Fue enterrada en una antigua tumba, próxima al lugar donde Wittgenstein había sido enterrado medio siglo antes.

En el año 2014 la filósofa italiana Elisa Grimi publicó una amplia biografía de Elizabeth Anscombe con el significativo subtítulo *The Dragon Lady*, que no ha sido traducida todavía al español ni al inglés. Grimi explicaba en una entrevista que la inventora de ese apelativo había sido Jane O'Grady, que escribe obituarios en *The Guardian*. Añade: «Anscombe era una mujer de temperamento decidido y sumamente brillante. Una pensadora guerrera, del tipo que hoy escasea. Creía en lo que decía. [...] Como bien observa Anselm Müller, en los escritos de Anscombe encontramos una firme, casi incansable, insistencia por la verdad: la verdad como condición para comprender qué hace que una acción sea buena. Anscombe parte de la acción; su concepción antropológica no puede prescindir de considerar al sujeto en su contexto 'activo' y, por lo tanto, tal como se manifiesta» (Grimi 2019). Escribe Grimi en el prólogo: «En Anscombe, la pasión, la vida y la filosofía son todas una, y en esta unidad está también la irreductible incisividad de su pensamiento, que no deja salida a sus interlocutores» (2014).

2. Sobre la transubstanciación

De entre todos los escritos de Elizabeth Anscombe, a mí me gusta recordar en particular su artículo «Sobre la transubstanciación» (1974) que, con enorme cariño y mucho trabajo, tradujimos mi buen amigo Jorge de Vicente y yo para su publicación en la revista *Scripta Theologica* (1992).

Posteriormente aquel trabajo sería compilado en el volumen *La filosofía analítica y la espiritualidad del hombre*, que editamos con José María Torralba en el año 2005. Me parece que merece la pena transcribir sus primeros párrafos tan significativos, pues permiten además hacerse cargo de la penetración de su pensamiento y de la peculiaridad de su estilo, aunque en este caso no se trate de un texto dirigido a profesionales de la filosofía.

Quizá sea oportuno para contextualizar este artículo recordar que Anscombe se había criado en una familia bien educada, secular y progresista sin ninguna formación religiosa. Pero a partir de los 12 años Elizabeth comenzó a devorar libros en busca de la fe. Cuando dijo a sus padres que quería hacerse católica, estos la enviaron a un clérigo anglicano para ver si la convencía de que en el anglicanismo estaba "todo lo bueno" del catolicismo y no sus supuestos "elementos negativos". Como describe Julianne Wiley, el clérigo anglicano le decía, por ejemplo, que «los anglicanos creían que en la eucaristía recibían a Cristo 'como un modo de hablar', 'en el pan'. Ella lo escuchó atentamente y luego preguntó: "Pero después de la consagración, ¿sigue siendo pan?". El clérigo respondió que pensaba que todavía era pan. Ella replicó que la eucaristía había sido transubstanciada para que nosotros pudiéramos ser transformados, y que ella quería ser transformada en Cristo, no en pan». Este clérigo recomendó a los padres de Anscombe que la dejaran bautizar como católica, ya que ella mantenía las creencias católicas con más firmeza que nadie que hubiera conocido en su vida. Sus padres no lo permitieron hasta que ella alcanzó la mayoría de edad. Pueden leerse a continuación los primeros párrafos de ese texto, escrito casi cuarenta años después de su recepción en la Iglesia católica:

El modo más sencillo de expresar lo que es la transubstanciación es decir que ha de enseñarse a los niños pequeños tan pronto como sea posible, sin usar, por supuesto, la palabra "transubstanciación" porque no pertenece al vocabulario infantil. Pero puede enseñárseles, y la mejor manera de hacerlo es en la Misa durante la consagración, que es la única parte en la que ha de conseguirse que el niño pequeño atienda a lo que está ocurriendo. Me refiero a un niño que está empezando a hablar, que comprenda ya suficiente lenguaje como para que puedan contársele, y él mismo te cuente, cosas que han sucedido y pueda seguir una historia sencilla. Puede enseñarse a un niño así susurrándole cosas como: "¡Mira! Ahora, inclina tu cabeza y di 'Señor mío y Dios mío'". Y luego, "Mira, ahora ha tomado el cáliz. Está diciendo las palabras que convierten el vino en la sangre de Jesús. Mira el cáliz. Ahora inclina la cabeza y di: 'Creemos y adoramos tu preciosa Sangre, oh Cristo de Dios'". Esto puede hacerse sin molestar a la gente de alrededor.

Si la persona que lleva a un niño a Misa actúa siempre así, sin hacerlo de modo inoportuno, el niño aprenderá mucho. Después, o a veces en ese momento, por ejemplo, si pregunta, se le puede decir qué palabras son las que dice el sacerdote y cómo las dijo Jesús en la Última Cena; cómo Él estaba ofreciéndose al Padre, el Cuerpo que iba a ser crucificado y la Sangre que iba a ser derramada. Así, Él mostraba que cuando fuera crucificado al día siguiente, su muerte sería una ofrenda, un sacrificio. A un niño de más edad se le puede contar cómo los sacerdotes han ofrecido desde el principio sacrificios a Dios (y también a otros falsos dioses), trayendo animales, los mejores que tenía la gente, y ofreciéndolos en los altares; que era así como se adoraba a los dioses porque el sacrificio es el signo principal de que se está adorando a alguien como a un dios. Jesús era un sacerdote que se ofrecía a Sí mismo, y lo que hizo en la Última Cena mostraba que era eso lo que iba a suceder al día siguiente en la cruz. Puedes contar al niño cómo Jesús dijo a los Apóstoles que hicieran lo que Él había hecho en la Última Cena y cómo los hizo sacerdotes, y que por eso sus palabras al ser usadas por un sacerdote tienen el mismo poder que habían tenido cuando Él las pronunció en la Última Cena.

La adoración que aprendemos a tributar en la consagración lleva consigo implícitamente la creencia en la divinidad y en la resurrección del Señor. Y si creemos en su divinidad y en su resurrección, entonces debemos adorar lo que está ahora allí sobre el altar. Así, mediante una enseñanza de este tipo, el niño pequeño aprende mucho de la fe. Y lo aprende del mejor modo posible: como parte de una acción; como relacionado con algo que sucede ante él; como algo que unifica y conecta efectivamente las creencias; esto es más claro y vivificante que aprender solo más tarde, quizás en una clase, que todos nosotros tenemos esas creencias.

Puede que ni siquiera se piense en mencionar explícitamente a este respecto la resurrección de Nuestro Señor. Pero implícitamente está ahí, pues la idea de que Él llegue a existir solo sobre nuestros altares, como si existiera intermitentemente, no pertenece a la conciencia católica ni a nuestro modo de hablar de o a Nuestro Señor. No, nosotros hablamos del Resucitado como de un hombre que vive siempre en el cielo y decimos que el pan y el vino se convierten en Él. Y como Él está vivo y no muerto, su Carne no está separada de su Sangre, y quien recibe cualquiera de ellas, le recibe en su totalidad. Así, al aprender esto, los niños aprenden con facilidad que Él vive.

He hablado de la enseñanza a niños pequeños, tanto porque es importante en sí misma, cuanto porque es el mejor modo de esclarecer qué significa “transubstanciación”. Esta palabra fue inventada (primero en griego y después por traducción en latín) para insistir precisamente en que hay un cambio total de lo que está ahí en algo distinto, una conversión de una realidad física en otra *que ya existía*. Así, no se trata de que llegue a existir una nueva sustancia a partir del material de otra anterior, como en el caso del cambio químico de la materia de una retorta que pasa de ser una clase de sustancia a otra, ni tampoco es como la digestión, en la que lo que comes se convierte en ti mismo, pues ambos son cambios de una materia que puede asumir una variedad de formas. Cuando uno dice “transubstanciación” está diciendo exactamente lo que se enseña al niño al enseñarle que las palabras de Cristo, por el poder divino otorgado al sacerdote que las usa en su lugar, han cambiado el pan de tal manera que no sigue estancado ahí (ni el material del que estaba hecho), sino que en su lugar está el Cuerpo de Cristo. El niño pequeño puede captar esto, que está implícito en el acto de adoración que sigue a la enseñanza. Conocí a un niño de casi tres años y que solo entonces empezaba a hablar, pero que había sido instruido del modo que he descrito, que estaba en el espacio libre al fondo de la iglesia mientras la madre iba a comulgar. “¿Está Él dentro de ti?”, preguntó el niño al volver su madre. “Sí”, contestó, y para su asombro el niño se postró ante ella. Puedo dar testimonio de esto, porque lo vi suceder. Una vez conté la anécdota a uno de esos teólogos que se afanan desgraciadamente (como parece) por cambiar y aguar nuestra fe, y él lo lamentó: deseaba mantener, y esperaba que el Concilio Vaticano lo dijera, algo que mostrara que la idea del niño estaba equivocada. Adiviné entonces que el pobre infeliz estaba perdiendo la fe y, de hecho, tristemente así resultó.

La cita ha sido muy larga, pero me parece que ha merecido del todo la pena, pues refleja bien cómo el pensamiento de Elizabeth Anscombe no es teoría gris, sino reflexión desde la fe encarnada en la vida. Para intentar dar algo de luz sobre un misterio tan profundo de la fe católica como es la eucaristía, acude a su experiencia de madre cristiana que educa en la fe a sus hijos. Su testimonio trae a mi memoria aquella afirmación tantas veces repetida por san Juan Pablo II: «La síntesis entre cultura y fe no es solo una exigencia de la cultura, sino también de la fe. Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida» (1982). Anscombe no es una cristiana que piensa ocasionalmente sobre su fe, sino que cabalmente —en la mejor tradición de los filósofos cristianos— aspira con su trabajo filosófico a comprender más a fondo su fe y que también, por supuesto, desea ayudar desde su fe iluminada por la razón a solucionar los graves problemas que afligen a la humanidad. El “pobre infeliz” mencionado al final es casi con seguridad Anthony Kenny, que abandonaría el sacerdocio en 1963 siendo recibido como profesor en Oxford, de donde fue Pro-Vice-Chancellor entre 1984 y 2001 (Kenny, 1985).

En su excelente biografía de Wittgenstein, Ray Monk relata una conversación de Anscombe con su maestro a propósito de la transubstanciación. «Yo no podría llegar a creer todas las cosas que ellos creen», explicó Wittgenstein a Malcolm a propósito de sus discípulos católicos, pero, unas pocas líneas después, Monk recuerda cómo en el otoño de 1950 Wittgenstein, ya gravemente enfermo, le pidió a Anscombe que le pusiera en contacto con un sacerdote no filósofo. Anscombe le presentó al dominico Father Conrad Peplar, de los Blackfriars de Cambridge, que acudió dos veces a su casa para charlar en privado con él (Monk, 1990).

3. Defensa del inocente

Elizabeth Anscombe fue siempre una pensadora original, viva y muy a menudo a contracorriente de las mayorías o de las conveniencias políticas. Por ejemplo, en el otoño de 1939, poco después de que Inglaterra declarara la guerra a Alemania, la Royal Air Force británica se estaba preparando para bombardear algunas ciudades alemanas e intentar arrasirlas por completo, lo que implicaría la aniquilación de sus habitantes civiles. Elizabeth Anscombe advirtió que esto no era lo mismo que centrarse en objetivos militares; que esto sería un bombardeo terrorista. Ella y Norman Daniel, un compañero de estudios, escribieron, imprimieron y comenzaron a distribuir un breve y potente ensayo titulado “*The Justice of the Present War Examined*” [“La justicia de la actual guerra examinada”]. Elizabeth no era pacifista; de hecho, tanto su padre como su hermano estaban en el ejército británico. Su hermano murió durante la Segunda Guerra Mundial, y ella entendía y respetaba la muerte de los soldados en una guerra justa. Sin embargo, de acuerdo con la aplicación de los principios tradicionales de la guerra justa, defendía que el plan del gobierno británico para aniquilar a un gran número de civiles

mediante bombardeos de destrucción indiscriminada no era un acto de guerra justa, sino un acto de «asesinato institucionalizado».

Antes de que el ensayo de Anscombe pudiera difundirse, su propio obispo, el obispo de Birmingham, le dijo que lo retirara. Le explicó que no era tarea de estudiantes de pregrado juzgar la política militar de su nación, y que ella tenía mucho que aprender antes de poder hacer juicios complejos. Estuvo de acuerdo en que tenía mucho que aprender y retiró el folleto. «Pero son sus palabras, más que las de su obispo, —concluye Julianne Wiley esta narración— las que permanecen en nuestra memoria y de las que más tarde se haría eco el Concilio Vaticano II» (2010).

En esta misma dirección, quizá la historia más conocida acerca de Elizabeth Anscombe es que cuando en 1956 —una década después de terminada la Segunda Guerra Mundial— la Universidad de Oxford se propuso conferir el doctorado *honoris causa* al presidente norteamericano Harry S. Truman, se opuso enérgicamente a ello junto con otros tres colegas por la responsabilidad de Truman en el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. «En cuanto recibió la noticia, — cuenta José María Torralba (2005)— Anscombe decidió oponerse, porque consideraba que semejante masacre de población civil es siempre un acto perverso y su responsable no debería recibir honores, sino más bien lo contrario». En la reunión oficial del 2 de mayo de 1956, Anscombe expresó su «*non placet*» y preguntó a los *magistri* qué criminal sería el siguiente en recibir aquella distinción, comparando a Truman con Hitler, Gengis Khan y Nerón. Como recibió muchos reproches, escribió un panfleto, «*Mr. Truman's Degree*» (Anscombe 1958), que merece una lectura atenta. El núcleo de su posición —que no puedo dejar de leer siempre con emoción— se encuentra en la primera línea de la segunda parte: «*Choosing to kill the innocent as a means to your ends is always murder*», esto es, «elegir matar a un inocente como medio de alcanzar tus fines es siempre asesinato».

John Haldane escribe que en los cincuenta Anscombe había predicho que una sociedad dispuesta a bombardear civiles no tendría dificultad ninguna para institucionalizar el aborto y la eutanasia (2006). Y así ha sido. Como es bien comprensible, después de estos conflictos con los poderosos en defensa de la vida de los inocentes, fueron muchas las ocasiones y los textos en los que Elizabeth Anscombe escribió valiente y brillantemente sobre la sexualidad, la natalidad, la protección del no nacido y muchos otros temas semejantes de actualidad, escandalizando a muchos colegas más acomodaticios con las modas. Incluso fue arrestada en dos ocasiones por haber protestado en el exterior de una clínica abortista británica. No hace muchos años su hija Mary Catherine Gormally publicó en *Facebook* unas insólitas fotos de su arresto por la policía en Stockport, cerca de Manchester (Church Pop Editor, 2016).

De hecho, en Inglaterra se creó en 1977 un centro de estudios de bioética, con el apoyo de los obispos del Reino Unido. En el año 2010 el centro se trasladó a Oxford y mudó su nombre al de *Anscombe Bioethics Centre* [<https://www.bioethics.org.uk/>], que sigue en plena actividad en defensa de la vida.

4. Profesora internacional: algunas anécdotas

La profesora Anscombe viajó mucho, dando clases y conferencias en numerosos países. En España visitó muy frecuentemente durante los años setenta y ochenta del siglo pasado la Universidad de Navarra, que le confirió el grado de Doctor *honoris causa* en enero de 1989. El profesor Alejandro Llano en su *laudatio* afirmaba de ella: «Es el suyo un estilo bello e implacable, que se caracteriza por la capacidad de hacer preguntas insólitas y de responderlas con tanta finura como rigor. La ironía socrática vuelve a estar presente en el origen de un filosofar cuyo campo de acción ya no es un desván lleno de prejuicios y acostumbamientos, sino el aire libre de incitantes enigmas. Cuando Elizabeth Anscombe discute con Descartes o Hume, cuando interpreta a Aristóteles o a santo Tomás, lo que hace es mirar con ellos hacia una realidad siempre nueva y sorprendente. Y sus lectores guardamos la íntima convicción de que ella ha logrado ver más». En aquella solemne ocasión Anscombe explicaba: «La Universidad de Navarra se dedica en su búsqueda de la verdad al servicio de Dios. Que Dios es verdad es algo que no se reconoce hoy en todas partes, ni siquiera en muchas, pero este reconocimiento está

constantemente implícito aquí en la Facultad de Filosofía. Por eso estoy muy agradecida al ser contada como un colega en esta Facultad».

La vida de la profesora Anscombe, llena de resultados académicos, está también cuajada de anécdotas simpáticas. En su obituario en *The Guardian*, Jane O'Grady recordaba cómo en una ocasión en Chicago, al ser asaltada en la calle por un ladrón, ella le increpó diciendo que esa no era manera de tratar a un visitante. Enseguida comenzaron a hablar y el asaltante la acompañó hasta su hotel, reconviniéndola por circular por una zona tan peligrosa de la ciudad. La anécdota es bien significativa, y muestra no solo el fino corazón de una filósofa, sino también su convicción —de filiación wittgensteiniana— de la capacidad de la palabra para lograr una verdadera comunicación.

Mi maestro Alejandro Llano gusta recordar cómo, en una de sus lecciones en Navarra ante un público de estudiantes de filosofía, se había planteado la cuestión de si podría ser verdadera una proposición no existente. En la discusión se le plantearon varias cuestiones ante las que ella no ocultó su desinterés. La única que acogió y contestó fue la cuestión planteada por mi colega Carlos Ortiz de Landázuri, que comenzaba así: "El remo metido en el agua...". De inmediato Anscombe le respondió espetándole: «*I love you!*». «Su declaración de *amor intellectualis* —escribe Llano en sus memorias (2008, 422)— fue acogida con carcajadas, especialmente por parte de las chicas. Anscombe se levantó para decir con entusiasmo que, en el ejemplo del remo que parecía partido al ser parcialmente introducido en el agua, se daban cita los principales problemas de la filosofía. Lo desarrolló ampliamente y con una agudeza fascinante».

El obituario que publicó Sarah Boxer en el *New York Times* se cierra recordando que «Miss Anscombe, a quien no le gustaba que la llamaran Sra. Geach, fumaba cigarros, usaba pantalones cuando se consideraban inapropiados para las mujeres y se decía que a veces comía frijoles de una lata mientras daba una conferencia» (Boxer, 2001). Y Jane O'Grady en *The Guardian* recordaba: «Excepto cuando estaba embarazada, usaba pantalones, a menudo bajo una túnica, lo que en los años 50 y 60 era algo a menudo desaprobado. Una vez, al entrar en un elegante restaurante de Boston, le dijeron que no eran admitidas las mujeres con pantalones. Ella simplemente se los quitó» (2001).

Las anécdotas sobre Elizabeth Anscombe podrían multiplicarse indefinidamente. No me resisto a recordar una más porque refleja con acierto su fe cristiana y su libertad intelectual. La recuerda su antigua alumna Rosalind Hursthouse en su testimonio incluido en las páginas finales de la biografía escrita por Elisa Grimi. Al parecer, Anscombe había hecho la promesa a Dios de dejar de fumar si su segundo hijo se salvaba de un accidente casi mortal; ella dejó de fumar y su hijo Charles se salvó. Sin embargo, un año después cayó en la cuenta de que ella había prometido a Dios no fumar *cigarrillos*, pero que en su promesa no había dicho nada acerca de los cigarros habanos. De hecho, a partir de entonces comenzó a fumar lo que en España se llaman *puritos* (Grimi, 2014, 419).

5. Su legado: ser filósofo cristiano hoy

"Ninguno ha creído a Sócrates hasta morir por su doctrina, pero por Cristo hasta los artesanos y los ignorantes han despreciado no solo las opiniones del mundo, sino también el temor a la muerte" (II *Apología*, 10). Con estas emocionantes palabras describe san Justino (c.100-165), uno de los primeros filósofos cristianos, el impacto que la predicación del Evangelio tuvo en la vida de muchas personas de los más diversos estratos sociales del Imperio Romano. Desde sus primeros momentos el cristianismo aparece como algo mucho más potente que una teoría filosófica o una manera novedosa de entender el mundo, pues irrumpe como un mensaje de redención y de vida. Frente a la sofisticada mitología greco-romana —en la que ya no creían siquiera las personas cultivadas de la época—, el mensaje cristiano aparece como algo revolucionario, del todo subversivo para el orden establecido. Un suceso histórico —el nacimiento, pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret hace cosa de dos mil años— que tuvo lugar en un oscuro rincón del Imperio está llamado a transformar por completo la sociedad.

Algo parecido puede decirse de Elizabeth Anscombe después de su conversión al catolicismo en plena juventud. Me parece que incluso puede afirmarse que en su compromiso vital con la fe católica (Anscombe, 2008) se encuentra quizá la razón última por la que las contribuciones de Elizabeth Anscombe «no han recibido todavía la atención que merecen» (Müller, 2004). Personalmente, no me parece atractivo encuadrar a Anscombe en el marco de un «tomismo analítico», presentándola así como una autora que trabaja en la intersección de la tradición tomista y la filosofía analítica angloamericana del siglo XX. Anscombe es, sobre todo, una pensadora de la verdad, que siempre adopta una distancia crítica de las modas dominantes en el pensamiento, sea en ética, en metafísica o en la vida corriente de nuestro horizonte cultural (Diamond, 2001). Me parece más acertado identificarla como la fundadora de la teoría contemporánea de la acción y como una de las autoras decisivas para el renovado interés en la ética de las virtudes (Thompson, 1998). Por eso su encuadramiento en un pragmatismo amplio, si se quiere, en un *pragmatismo cristiano*, alimentado de la experiencia vital y de la fe, del estudio de la historia y del cultivo esforzado de la razón en diálogo con los demás, podría resultar quizás un marco más adecuado para comprenderla (Nubiola, 2010).

A veces se ha dicho que los límites de la libertad creativa de los filósofos cristianos se encuentran en los contenidos de la fe católica, que se convierten en una *norma negativa* para su trabajo profesional: si en su investigación llegaran a una conclusión opuesta a la doctrina revelada sabrían por la fe que su razonamiento habría errado en alguno de sus pasos y deberían rehacerlo. Es esta —me parece a mí— una visión muy pobre. Por una parte, el contenido cognitivo de la fe católica es una tradición que admite una pluralidad de descripciones, y, por otra, la *fides quaerens intellectum* no se conforma con no lesionar la fe, sino que busca positivamente progresar en la comprensión de la fe y en la articulación *razonable* de fe y vida hasta lograr una síntesis personal y vital de lo humano y lo cristiano.

En este sentido, puede decirse que Elizabeth Anscombe es un luminoso ejemplo para todos los cristianos de hoy que se sientan vocacionalmente llamados al trabajo filosófico, pues aspiran a mucho más que a llegar a conclusiones que no se opongan a la fe: aspiran a forjar en su vida y en su trabajo, mediante el libre ejercicio de su razón, una articulación vital de sus convicciones cristianas y de su creatividad filosófica que pueda hacer avanzar la comprensión que la humanidad tiene de sí misma, y que puedan entregar a otros para que prosigan la tarea. Esto es lo que la filosofía y la sociedad del siglo XXI necesitan. Por eso, para un cristiano la filosofía no es solo libertad, sino que es también y sobre todo responsabilidad, tarea, vocación de servicio. Este es el maravilloso ejemplo que Gertrude Elizabeth Margaret Anscombe nos legó con su vida y sus escritos.

Referencias bibliográficas

Anscombe, G. E. M. (1957). *Intention*. Blackwell.

Anscombe, G. E. M. (1958). *Mr. Truman's degree*. Panfleto publicado por la autora, Oxford. Accesible online en <<http://www.pitt.edu/~mthomps/ readings/truman.pdf>>.

Anscombe, G. E. M. (1959). *An introduction to Wittgenstein's Tractatus*. Hutchinson.

Anscombe, G. E. M. (1981). *Collected philosophical papers*. Blackwell.

Anscombe, G. E. M. (2005). *La filosofía analítica y la espiritualidad del hombre. Lecciones en la Universidad de Navarra*. Edición de José M^a Torralba y Jaime Nubiola. Ediciones Universidad de Navarra.

Anscombe, G. E. M. (2008). *Faith in a hard ground. Essays on religion, philosophy and ethics*. Edición de Mary Geach y Luke Gormally. St Andrews Studies in Philosophy and Public Affairs, Imprint Academy.

Boncompagni, A. (2016). *Wittgenstein and pragmatism. On certainty in the light of Peirce and James*. Palgrave MacMillan.

- Boxer, S. (2001). G. E. M. Anscombe, British philosopher, dies at 81. *The New York Times*, 13 enero. Accesible online <<https://www.nytimes.com/2001/01/13/world/g-e-m-anscombe-81-british-philosopher.html>>.
- Church Pop Editor, (2016). Rare pics surface of Elizabeth Anscombe arrested for blocking abortion clinic. Accesible online <<https://churchpop.com/2016/10/18/rare-pics-surface-of-elizabeth-anscombe-arrested-for-blocking-abortion-clinic/>>.
- Diamond, C., (2001). Anscombe, G.E.M. (1919-2001). En L. C. Becker y Ch. B. Becker, (Eds.), *Encyclopedia of Ethics* (2ª ed., pp. 74-77). Routledge.
- Dolan, J. M. (2001). G. E. M. Anscombe: Living the truth. *First Things*, 113, 11-13.
- Fabbrichesi, R. (2014). *Peirce e Wittgenstein. Un incontro: Immagine, prassi, credenza*. Mimesis.
- Geach, P. (1991). A philosophical autobiography. En H. A. Lewis (Ed.), *Peter Geach: Philosophical encounters* (pp. 1-25). Kluwer.
- Grimi, E. (2014). *G. E. M. Anscombe: The Dragon Lady*. Cantagalli.
- Grimi, E. (2019). Entrevista de Ermes Dovico, Elizabeth Anscombe. La filosofa cattolica che andava controcorrente. *La Nuova Bussola Quotidiana*, 23 de mayo. Accesible online en <<https://www.lanuovabq.it/it/la-filosofa-cattolica-che-andava-controcorrente>>.
- Haldane, J. (2006). A philosopher of practice as well as of theory. *The Scotsman*.
- Juan Pablo II (1982). *Discurso a los representantes de las reales academias, del mundo de la universidad, de la investigación, de la ciencia y de la cultura de España*. Madrid, 3 de noviembre. Accesible online <http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1982/november/documents/hf_jp-ii_spe_19821103_universita-ricerca.html>.
- Kenny, A. (1985). *A path from Rome: an autobiography*. Sidgwick & Jackson.
- Llano, A. (1989). *Discursos pronunciados en el Acto Académico de investidura del Grado de Doctor «Honoris Causa»*. Universidad de Navarra, Pamplona, 21 de enero 1989, 5-6.
- Llano, A. (2008). *Olor a yerba seca*. Memorias. Encuentro.
- Margolis, J. (2014). Interview with Joseph Margolis. *European Journal of Pragmatism and American Philosophy*, VI/1, 305-317.
- Misak, C. J. (2016). *Cambridge pragmatism: from Peirce and James to Ramsey and Wittgenstein*. Oxford University Press.
- Monk, R. (1990). *Ludwig Wittgenstein. The duty of genius*. Penguin.
- Müller, A. (2004). G. E. M. Anscombe (1919-2001). En A. P. Martinich y D. Sosa (Eds.), *A companion to analytic philosophy* (pp. 315-325). Blackwell.
- Nubiola, J. (1995). W. James y L. Wittgenstein. ¿Por qué Wittgenstein no se consideró pragmatista?", *Anuario Filosófico*, 28(2), 411-423.
- Nubiola, J. (1996). Scholarship on the relations between Ludwig Wittgenstein and Charles S. Peirce. En I. Angelelli y M. Cerezo (Eds.), *Studies on the history of logic. Proceedings of the III symposium on the history of logic* (pp. 281-294). Walter de Gruyter.
- Nubiola, J. (2001). Elizabeth Anscombe (1919-2001). *Teorema*, 20(1-2), 173-177.
- Nubiola, J. (2010). Pragmatismo y cristianismo. *Consensus*, 15(1), 73-81.

Nubiola, J. (2020). *Pensadores de frontera*. Rialp.

O'Grady, J. (2001). Elizabeth Anscombe. *The Guardian*, 11 enero. Accesible online en <https://www.theguardian.com/news/2001/jan/11/guardianobituaries.highereducation>.

Price, H. (2012). Tim Crane and Huw Price interview transcription. Accesible online en http://www.phil.cam.ac.uk/news_events/Crane_Price_Interview_Transcription.pdf.

Teichman, J. (2002). Gertrude Elizabeth Margaret Anscombe: 1919-2001. En *Biographical memoirs of fellows I, Proceedings of the British Academy*, vol. 115. Oxford University Press, 31-50.

Thompson, M. (1998). Anscombe, Gertrude Elizabeth Margareth (1919-). En E. Craig (Ed.), *Routledge encyclopedia of philosophy* (Vol. I, pp. 280-283). Routledge.

Torralba, J. M. (2005). *Acción intencional y razonamiento práctico según G. E. M. Anscombe*. Ediciones Universidad de Navarra.

Wiley, J. (2010). Elizabeth Anscombe. A courageous and holy woman. *Voices*, 25(4). Accesible online: <http://archive.wf-f.org/10-4-Wiley.html>.

Wittgenstein, L. (1953). *Philosophical investigations*. Trad. de G. E. M. Anscombe. Blackwell.